

DOS UTOPIAS DE MADRID: CAPITAL FEDERAL, CAPITAL IMPERIAL*

Santos Juliá

"No hay régimen que merezca su nombre sin un entendimiento de la arquitectura, sin un estilo digno de las ideas dominantes", escribía el editorialista del diario *Arriba*, Órgano de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de Madrid, un día de octubre de 1940. Por arquitectura y por estilo, *Arriba* quería significar en aquella ocasión algo más que lo relativo a los edificios; también las plazas y calles, la disposición total de la ciudad. Pues bien, todo régimen que se precie, sobre todo si se identifica como nacional y totalitario, decía el periódico, impone un estilo, una arquitectura, un urbanismo; o al menos lo pretende; otra cosa es que lo consiga.

En Madrid, y en España, dos regímenes se instauraron en el corto lapso de nueve años: 1931/1939. El primero, la República, vino de abajo arriba, precedido de un año de política en la calle, de una creciente movilización de profesionales, obreros, estudiantes que fue a desembocar a primeras horas de la tarde del 14 de abril a ese espacio simbólico del poder que es la Puerta del Sol. El segundo, dubitativo en sus primeras identidades, Estado español, Estado nacional, Nuevo Estado, vino un 28 de marzo de fuera adentro, precedido de una cruenta guerra de casi tres años de duración que culminó con el Ejército de Ocupación desfilando por las calles de la ciudad sitiada. Los dos regímenes traían o elaboraron una idea de Madrid, de lo que significaba como capital y de lo que era preciso hacer con él para elevarlo al rango que le permitiera cumplir con su función. En la República, se habló de Madrid como capital federal; en el Nuevo Estado, de Madrid como capital imperial. Aquí se tratará de indagar brevemente en el clima que precedió a la formación de esas ideas, las fuerzas sociales que las sostuvieron, los proyectos que se elaboraron y los resultados finalmente obtenidos.

El año 1930 o, más exactamente, el año y pico que va desde la caída de Primo de Rivera hasta el derrumbe de la Monarquía y la proclamación de la República, fue en Madrid un tiempo de política en la calle. Comenzaron los profesiones e intelectuales, con fiestas organizadas para celebrar la aparición de alguna nueva revista; banquetes de homenaje a tal o cual escritor; viajes a Barcelona del numeroso grupo que había firmado en 1924 el *Manifiesto en defensa de la lengua catalana*; multitudinaria recepción de Miguel de Unamuno, que volvía triunfante del exilio; comentarios en tertulias y en la calle sobre las novedades políticas del día, como las suscitadas por aquel contundente artículo de Ortega proponiendo nada menos que la destrucción de la monarquía; conferencias en el Ateneo, desde donde Manuel Azaña llamaba a la coalición de la inteligencia y del trabajo, a la alianza de republicanos y socialistas.

Tanta presencia de profesionales e intelectuales fue posible porque Madrid brilló durante esos meses no sólo como capital del periódico y la revista

* Publicado en *Madrid, tres siglos de una capital, 1702-2002*. Madrid, Fundación Caja de Madrid, 2002.

o el libro políticos, de la palabra escrita, sino del discurso, del mitin, de la palabra hablada. Desde principios de febrero de 1930, y como si se quisiera aliviar la larga sequía de los años pasados, rara fue la semana que en el Ateneo, la Academia de Jurisprudencia, el Colegio de Abogados, en teatros convertidos en tribunas políticas, no se pronunciara algún discurso en el que personajes de relieve venían a "definirse" ante la situación política. Es hora de definiciones, proclamaba Indalecio Prieto en el Ateneo, desde cuya tribuna exigía a todos los hombres públicos de gran significación que se definieran; el conde de Romanones se ha definido categóricamente, anunciaban los periódicos después de un discurso del antiguo presidente del Consejo. Definirse, escribirá el general Emilio Mola, entonces director general de Seguridad, "era la palabra puesta en moda para expresar la postura adoptada en relación con el régimen".

Quiere decirse con esto que, como nunca, 1930 fue año propicio para que en Madrid llenaran los intelectuales la esfera pública con sus dos armas habituales, la palabra, dicha en el homenaje, el discurso o el mitin, y la escritura, con nuevas publicaciones, artículos sensacionales o libros escritos al servicio de alguna causa. Si algún año merece ser adjetivado como de intelectuales, ese sería 1930; tanto lo fue, que uno de ellos, Azorín, pasando después factura, convirtió su fruto máspreciado en propiedad de ese sujeto colectivo titulando una de sus piezas "La República es de los intelectuales": "vosotros habéis sido los parteros de la República", decía a quienes ocuparon en abril de 1931 el poder, "pero permitidnos que os digamos que quienes la han engendrado hemos sido nosotros"; nosotros, insistía, "unos humildes y otros ilustres, los que a lo largo de treinta años hemos hecho poco a poco, con trabajo, con perseverancia, que el cambio de la sensibilidad nacional se efectúe".

Pero en esta apropiación de la República por los intelectuales madrileños hay una evidente exageración. Durante ese mismo año de 1930, los dirigentes sindicales que habían conducido al socialismo por las turbulentas aguas de los años diez para colaborar luego, en los veinte, con las instituciones corporativas de Primo de Rivera, comenzaron a manifestar su desapego hacia la Dictadura y a definirse, también ellos, como republicanos. Los socialistas fueron la primera fuerza política y sindical bien organizada que apostó públicamente por el cambio de régimen. La costumbre, muy pronto convertida en tradición, de la visita al cementerio civil el día del aniversario de la muerte de Pablo Iglesias y los actos que se organizaban con tal motivo sirvieron para afianzar la fidelidad a los principios socialistas y para mostrar en la calle la opción por la república, que se manifestará sin reserva alguna, en abril de 1930, con motivo de otra celebración necrológica, la inauguración del mausoleo que Barral había esculpido en honor de Iglesias, y que se reafirmará, meses después, con ocasión del multitudinario entierro de cuatro obreros muertos a causa del hundimiento de un edificio en construcción en la calle de Alonso Cano.

La opción por la República de los dirigentes sindicales reforzó a quienes, dentro del socialismo, siempre habían defendido la necesidad de un pacto con los republicanos. No eran madrileños sus más señalados líderes, sino que habían venido a Madrid desde la periferia. El personaje más a la vista era Indalecio Prieto, pero a su posición política se acercó desde 1929 una minoría de profesionales que se incorporó al socialismo por la razón de que el socialista les parecía el único partido republicano existente en España. Dos conocidos

catedráticos de la Universidad Central, de psiquiatría uno, de fisiología otro, José Sanchís Banús, que era de Valencia, y Juan Negrín, que venía de Las Palmas, lo habían afirmado ya expresamente en sendos discursos pronunciados en la Casa del Pueblo. Negrín llegó a decir que el Partido Socialista Español "es tan esencialmente republicano que yo creo que es el único partido realmente republicano que existe en España". Los socialistas, pues, como tantos madrileños del momento, se definen por la República y, al hacerlo, se encuentran en el mismo terreno que los catedráticos, periodistas, escritores, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos que engrosaban con sus firmas los partidos republicanos.

En esta creciente ocupación del espacio público adquirieron un especial protagonismo los jóvenes universitarios, enfrentados a la dictadura desde al menos dos años antes. La enajenación completa del mundo universitario, vinculando "la monarquía a la dictadura en la hostilidad generalizada", como recordará años después Julián Marías, culmina en estos primeros meses de 1930 y se manifiesta por vez primera de forma contundente en el retorno a Madrid del dirigente de la Federación Universitaria Escolar, Antonio María Sbert, dado de baja por Real Orden como alumno de la Escuela de Ingenieros Industriales en marzo de 1929. Una "imponente manifestación de júbilo" partió de la plaza de la Independencia, en la que esperaban a Sbert estudiantes madrileños y comisiones llegadas de las demás universidades con banderas y carteles, y se encaminó, engrosando sus filas, hasta la Universidad, en cuyo paraninfo le esperaban Felipe Sánchez Román, Américo Castro, Luis Jiménez de Asúa, Blas Cabrera. Poco menos que triunfalmente, recordaba González Ruano, fue recibido este "eterno estudiante" que ya había cumplido entonces la treintena.

Debido a esta confluencia de profesionales de clase media, obreros organizados y jóvenes estudiantes la política adquirió en Madrid, en 1930, una dimensión que recuerda las algaradas, insurrecciones o revoluciones, del siglo XIX: mucha gente en la calle y mucho político desorientado. Lo importante para nuestro actual propósito fue que, gracias a ese encuentro, alcanzó su plasmación definitiva una idea de Madrid que se había venido gestando desde hacía unos veinte años. A principios de siglo, cuando el viajero llegaba a Madrid, la visión que de la capital prevalecía era la consagrada por Miguel de Unamuno: Madrid como pantano de aguas estancadas, quintaesencia de la charca nacional. Pero en aquella charca, el joven Manuel Azaña, que venía de un gran pasado inmóvil, Alcalá de Henares, El Escorial, había percibido sobre todo el movimiento: los tranvías cambiaban sus mulas y sus encuarteres por el fluido eléctrico, el Ateneo se llenaba de voces y bullicio y unas cupletistas francesas enseñaban a los señoritos a vestir el frac para asistir al primer *music-hall* del Alhambra. Si para el rector de Salamanca, Madrid era fuente de impresiones deprimentes, tristísimas, para el estudiante recién egresado de las frías aulas de un colegio de agustinos, Madrid era el comienzo de la vida.

Lo que ocurrió desde que aquel maduro Unamuno y aquel joven Azaña dejaran constancia de sus observaciones fue que lo nuevo creció sin por eso liquidar lo viejo. La visible contradicción entre el poblachón mal construido y el esbozo de gran ciudad, la persistencia y aun la agudización de los viejos problemas, con el desordenado y miserable crecimiento de los extrarradios, fue motivo de una constante preocupación manifestada en los diversos proyectos que acudieron al concurso convocado por el Ayuntamiento de Madrid en 1929.

En ellos, lo que se pretende es que Madrid pueda sentirse orgullosa de su posición y aspire a transformarse en una capital a la altura de su función. En el firmado por Secundino Zuazo y Hermann Jansen había desaparecido por completo cualquier imagen de la capital como epítome del fracaso de España. Una reivindicación sin tapujos y sin complejos de la capitalidad y una idea del futuro Madrid que la elevara al rango de gran capital guiaba la reflexión de Zuazo-Jansen. "No es por una determinación real o por una casualidad que Madrid sea capital de España", escriben, sino por su buena situación, entre el Sur fecundo y el Norte industrial, y el unirse en ella los contrastes de la nación. El deber de Madrid consistía, por tanto, en representar el carácter de España entera frente al mundo: todo lo que se proponga para su trazado viario y su urbanización tendrá una estrecha relación con ese carácter de capital representativa de la nación que ahora unos arquitectos que, sin ser de Madrid, piensan Madrid, reivindican para la ciudad.

Pero faltaba todavía en 1929 el impulso político para llevar a la práctica aquellas ideas. Impulso que se reconcentró durante todo el año 1930, en las calles, en los salones de conferencias, en los mítines al aire libre, y que subió como la espuma hasta la proclamación de la República en la primavera de 1931. Fue en las calles de Madrid, ha escrito Raymond Carr, donde la monarquía constitucional, creada y mantenida por el liberalismo español del siglo XIX, se allanó finalmente ante su enemigo histórico: el republicanismo. Y como si de un trueque se tratara, la República proclamada desde el balcón de la Puerta del Sol el 14 de abril de 1931 devolvió rápidamente a Madrid todo lo que le debía: la Constitución promulgada en diciembre de ese mismo año introducía por vez primera el nombre de Madrid en el texto de una ley fundamental. La capitalidad de la República, dice el artículo 5º de la Constitución de la República Española, se fija en Madrid.

Fijar en Madrid la capital no es lo mismo que elaborar una nueva idea de Madrid. En realidad, la República no originó tal ideal, sino que al declarar a Madrid su capital política, se apropió de la que se había venido gestando desde principios de siglo, y sobre todo desde el concurso internacional de 1929, para convertirla en el ideal del Madrid republicano. Fue la República la que impulsó el plan de extensión basado en la vía de crecimiento sur-norte que Zuazo y Jansen habían señalado para edificar en ella la representación simbólica de la capitalidad y convertirla en el eje sobre el que articular la red de comunicaciones entre la ciudad y su región, y entre la capital y todas las esquinas de España. Enlaces ferroviarios y vías de penetración y salida de la ciudad al resto de la nación con la carretera de circunvalación entre la corona de poblados satélites compusieron una nueva imagen gráfica de Madrid que cambiaba así su ensanche cuadriculado y aburrido, desbordado por los caóticos asentamientos de los extrarradios, por la racionalidad de una geometría sin fronteras sostenida en esa "espina dorsal" del futuro crecimiento que será la Castellana.

La declaración de Madrid como capital de la República vino acompañada del extendido convencimiento de que, como se escribía en *El Sol*, "la exaltación de la idea de capitalidad era indispensable para el funcionamiento nacional del régimen, para la prosperidad y armonía de la nación entera". Tal vez la Monarquía podía contentarse con una corte, pero la Nación exigía una capital: esa era la idea central de los republicanos. Y si la corte no precisaba más que del cuidado del monarca, la capital requería la atención del Estado. Por eso, el

presidente del Gobierno cuidó de que el Ministerio de Obras Públicas recayera, en diciembre de 1931, en el socialista que mejor representaban la confluencia entre aquellas clase media profesional y clase obrera organizada que en 1930 se habían definido por la República. Fueron, en efecto, Manuel Azaña e Indalecio Prieto, desde la presidencia del Consejo y desde Obras Públicas, en colaboración con Pedro Rico en el Ayuntamiento, los que pusieron manos a la obra de elevar a Madrid al rango de capital representativa del República.

Aprovecharon, para poner en marcha sus planes, el estado de efervescencia política suscitado por la aprobación del Estatuto de Autonomía de Cataluña. El mismo día en que se aprobó el Estatuto, se debatió en el Congreso una asignación presupuestaria por capitalidad de 80 millones de pesetas a invertir en diez años. No era sólo que la República hubiera declarado Madrid como capital constitucional, sino que por esta ley de capitalidad convertía a Madrid en interés prioritario del Estado. En el debate parlamentario, el presidente del gobierno recogió la propuesta que acababa de presentar el alcalde e inclinó la voluntad de la mayoría a favor de la aprobación del presupuesto de capitalidad pues era él, de antiguo, quien más había desarrollado la conciencia de que no hay Estado ni nación sin una capital dinámica. "Pero el caso es que España necesita un Madrid", había escrito diez años antes, cuando dibujaba con trazos sombríos el desolado paisaje urbano madrileño, en el que creía ver el mejor símbolo de la ruina española.

Por eso, cuando se sometió a discusión de las Cortes el proyecto de ley de capitalidad, Azaña repitió con más vigor, y con un matiz interesante, su vieja idea: "Si Madrid no existiera sería preciso inventar -digámoslo así- la capital federal de la República española, ya que Madrid es el centro... donde vienen a concentrarse todos los sentimientos de la Nación, donde surgen y rebotan a todos los ámbitos de la Península las ideas, saturadas y depuradas por la vida madrileña en todos sus aspectos". Parece como si para Azaña, la República hubiera borrado cualquier sombra que todavía quedase de aquella mala fama de Madrid como charca de aguas estancadas, capital artificial del Estado y culpable de su fracaso, aquella capital a la que se tenía por improductiva y parasitaria de las verdaderas energías nacionales. Con haberse liberado de la losa histórica de su artificio, Madrid se habían sacudido todo complejo de culpa: Madrid ya no es artificial, Madrid ya no es culpable.

Entre el entusiasmo suscitado en Cataluña por el Estatuto y las perspectivas de consolidación republicana que parecen confirmarse después de la fracasada insurrección de agosto de 1932, a nadie irrita este lenguaje reivindicativo de Madrid ni nadie critica este servicio que el Estado presta "a la representación -digámoslo en la acepción más amplia de la palabra- a la representación federal de la República española". Azaña, que ha rechazado en el debate constitucional la definición de la República como federal o federalizante, no tiene inconveniente en hablar ahora, una vez aprobado el Estatuto de Autonomía de Cataluña, de Madrid como representación federal de una República que meses antes había comparado con el federalismo girondino más que con el unitarismo centralizador jacobino. Hubo ocasión de experimentar lo segundo, dijo en aquel discurso, y fue un fracaso; ahora ya no es tiempo de volver a intentarlo; ahora, en 1932, es ocasión de cambiar de política y recuperar la tradición del Estado español del Renacimiento: la razón creadora no aparecía reñida con la tradición, la autonomía de las regiones no aparecía en contradicción con la existencia de un Estado "integral".

De modo que si España necesitaba un Madrid, la República necesitaba una especie de capital federal y, para construirla, era preciso situar a Madrid como interés prioritario de Estado. Y en ese interés de Estado, en ese proyecto de construir una ciudad capaz de cumplir la función de *capital federal* precisamente en el mismo momento en que la República inicia, con el de Cataluña, la aprobación de los estatutos de autonomía, puede verse el origen de las principales iniciativas que tendrán en Indalecio Prieto su alma y sostén. A los pocos días de las declaraciones de Azaña se constituye una Comisión encargada de estudiar el proyecto de enlaces ferroviarios de Madrid y, un mes después, se crea el Gabinete Técnico de Accesos y Extrarradio: Gobierno y Ayuntamiento quieren "meter el ferrocarril en el corazón de Madrid" con objeto de resolver los estorbos derivados de la solución de continuidad entre las líneas férreas que morían en las estaciones de Atocha y del Norte. Se resolvería además el problema de la comunicación de la capital con los pueblos de su entorno a la vez que se rompía el cinturón de miseria construido en el extrarradio. Los enlaces ferroviarios se complementarían, como ya habían proyectado Zuazo y Jansen, con una red de carreteras concebida también radial y circularmente para garantizar una rápida comunicación de la capital con los nuevos núcleos de población que surgirían al pie de los caminos de hierro electrificados y con los lugares de recreo y de producción agrícola.

Prieto se dejaba llevar de su entusiasmo cuando proclamaba que enlaces y carreteras, además de resolver problemas estrictamente madrileños y del entorno -expansión ordenada, vivienda, extrarradio, higiene, ocio- realizarían la función de capitalidad de Madrid, "maravillosa síntesis de España", sirviendo de lazo de unión entre todas las capitales y elevando el rango que entre ellas le correspondía "por razón de ser capital de la República". De Prieto procedió el impulso de sacar a Madrid de lo que Azaña llamaba el patio de Cibeles y el corredor de la calle de Alcalá, este plan efectivo del crecimiento hacia el norte, zona "por donde Madrid avanza, por donde Madrid crece, por donde Madrid se desarrolla". Para vislumbrar la magnitud del sueño, bastará dejar que resuenen los ecos de esa fascinación por el Norte perceptibles en el decreto creando la Comisión encargada de estudiar el proyecto de enlace ferroviario: Madrid, se dice allí, podría adquirir "amplitudes maravillosas, quedando casi de anexos suyos ciudades tan sugestivas como Toledo, Avila, Segovia, Alcalá de Henares y Guadalajara... y, sobre todo, la incomparable Sierra de Guadarrama, cuyas laderas y cimas, ansiadas para el reposo, la salud y el recreo, no son ahora asequibles a las clases humildes".

* * *

De esta utopía republicana de una capital federal capaz de equilibrar desde un centro poderoso la corriente centrígrua que inevitablemente se asociaba a la autonomía de la regiones, no quedaba nada en 1939; del clima político que había precedido a la instauración de la República, tampoco. Los bombardeos habían dejado su rastro de destrucción en las calles reventadas y los fusilamientos durante y después de la guerra habían llevado el luto a miles de familias. Unas, las de los muertos durante la guerra, podían llorarlos ahora en público y honrar su memoria en las decenas de esquelas aparecidas cada día en los periódicos -en *ABC*, sobre todo, que volvía a ser el de siempre- y las misas de funeral celebradas cada día en las iglesias; otras, las de los fusilados tras sumarísimos consejos de guerra en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, tenían que llorar en silencio y a escondidas su desaparición. Aquella

ciudad expectante que había proclamado la República se había convertido en una ciudad escindida por una cosecha de muertos innumerables que parecía no tener fin.

El Nuevo Estado decidió, ante todo, que era preciso borrar un siglo de "liberalismo urbano" y rescatar a la ciudad abandonada a la "injuria de las hordas", en manos de los "estratos ínfimos del pueblo" que la habían convertido en un "emporio de pavorosa suciedad". La tarea comenzó por limpiar la ciudad de las hordas que habían asaltado su centro y por borrar los recuerdos de su pasado inmediato, esas calles, plazas y edificios 'modernos' que bastarían por abochornar a uno o dos regímenes políticos. Había que despejar la ciudad expulsando a los asaltantes hacia las afueras y encendiendo hogueras con los libros que habían extraviado las mentes de los madrileños. La biblioteca de María Zambrano ardió delante de su casa, en la plaza del Conde de Barajas, mientras en la calle de Medinaceli, entre el hotel Palace y la Junta para Ampliación de Estudios, Camilo José Cela contemplaba a "los aficionados haciendo una pira con los libros que encontraron".

Tabla rasa, exigía un editorial de *Arriba*, en octubre de 1939: la peor libertad liberal del sufragio era la de que cada cual construyera disparatadamente a su gusto, imponiendo a los ciudadanos todas las fealdades repulsivas y todos los ridículos injuriosos, según podía verse, para no ir más lejos, en "algunos desventurados trozos de la Gran Vía de Madrid". Eso, en adelante, se acabó. Y para garantizarlo, el ordenamiento nacional de la arquitectura no podía ni debía pertenecer a Bellas Artes, como en los tiempos liberales, sino al ministro de la Gobernación, capaz de elaborar "una disposición legal de carácter totalitario". Había que "suscitar un estilo digno de las ideas dominantes". Y como, en cuestión de ideas, lo dominante fue en aquellos años, la Falange y la Iglesia, la capital del periódico y del libro, de la conferencia y del mitín, de la manifestación en la calle, dejó paso a la capital del orden y de la jerarquía, de la procesión y la misa de campaña, de las concentraciones uniformadas y encuadradas que solían acabar, o iniciarse, con una ceremonia religiosa.

A la vez que el pueblo de Madrid era convocado a participar en ceremonias religiosas celebradas en calles y plazas, a concentraciones ordenadas y jerarquizadas para recibir los restos mortales del general Sanjurjo o los de José Antonio Primo de Rivera, a manifestaciones de adhesión incondicional al Caudillo, cuando entraba o regresaba a Madrid, entre políticos y arquitectos iba gestándose una nueva idea de la capital. En el fantasioso proyecto de Antonio Palacios, la futura capital, "digna del eterno Imperio Hispánico", vería desaparecer todo el recinto interior de manera que pudiera surgir de sus ruinas un Madrid Imperial. Era preciso -en palabras de Serrano Súñer, ministro de la Gobernación y presidente de la Junta Política de Falange- acabar con "la españolería trágica del Madrid decadente y castizo, aunque hayan de desaparecer la Puerta del Sol y ese edificio de Gobernación que es un caldo de cultivo de los peores gérmenes políticos". No hay mejor manera de expresar los verdaderos propósitos de los vencedores: borrar cualquier recuerdo de lo que había sido el Madrid proletario, profesional y republicano de los años anteriores, convertida en el recuerdo de un Fernández Flórez en turba de aventureros, de trepadores, de hombres turbios, la hez de todas las profesiones, el bloque de miasmas que la República primero, el Frente Popular después habían concentrado en Madrid.

Así, de un plumazo cambió la memoria de Madrid de símbolo de la resistencia de la República a ocupar el primer puesto en "la estadística de atentados, de robos, de coacciones, de atracos, de venganzas". Después del dolor por tanto crimen, Madrid debía purgar su culpa si quería reconquistar una capitalidad para la que carecía de merecimientos. A punto se estuvo de que, como castigo ejemplar para el resto de las ciudades, se le arrebatara su capitalidad y se trasladara la capital de la Nueva España a alguna otra de mayor fidelidad. Al final, se impuso la historia y Madrid fue confirmado como capital de España, no sin que se le exigiera dolor de corazón por sus culpas pasadas y un manifiesto propósito de la enmienda, que debía consistir en dejar de mirarse en París para contemplarse, según proponía Giménez Caballero, en Toledo y en El Escorial. Madrid no podía sentirse satisfecha de su propia imagen, sino que olvidándose de sí, de su historia y de lo que había llegado a ser, tenía que mirar a Toledo para, imitándola, elevarse a la categoría de capital de España; y a El Escorial, para recobrar su calidad de capital imperial. Madrid, capital del Nuevo Estado será por lo mismo capital imperial: el futuro de Madrid consiste en retornar a Felipe II.

De modo que sobre aquella ciudad que tantos destrozos había sufrido durante la guerra, arruinada, castigada por los incesantes bombardeos, sin potencia económica para emprender un plan de reconstrucción, hambrienta, se construyó toda una teoría que la elevaba a centro del territorio de un imperio ordenado y jerarquizado. "Madrid, capital imperial" fue el título de la conferencia que el arquitecto Luis Pérez Minguéz pronunció en la Asamblea Nacional de Arquitectos celebrada a finales de junio de 1939. No fue, como en la República, un proyecto surgido desde el interior, crecido de abajo arriba y por tanto abierto a todos los vientos, convirtiendo al centro en espacio de comunicación y encuentro. Fue, por el contrario, un proyecto impuesto desde fuera y desde arriba, que liquidaba la visión espacialmente abierta del diseño "federal" para imponer una visión espacialmente cerrada de un diseño "unitario". Manuel Azaña, exiliado en Francia, lamentaba la ola de estupidez en que se traducía el pensamiento de aquellos salvadores, que "para cubrir el desastre se encaramaban sobre las ruinas y vomitaban palabras sin sentido". La prueba: querían "hacer un imperio vertical y azul".

Un imperio vertical y azul, tal fue, en efecto, el proyecto dominante en 1939. Y del mismo modo que los planes del Gabinete Técnico de 1932 atribuían a Madrid la representación simbólica de la República, la Junta de Reconstrucción, creada al finalizar la guerra civil, le asignaba la misión de elevarse a símbolo de capital de la nación y del imperio. Pero de la misma manera que Secundino Zuazo desplazó su retórica sobre Madrid como capital de una España digna de presentarse ante el mundo hacia la de capital de la nueva República sin necesidad de modificar sus proyectos viarios y de extensión, también ahora, Pedro Bidagor, que había trabajado en el Madrid sitiado, combinó la retórica del nuevo urbanismo de los vencedores con el legado anterior: al liquidar un siglo de liberalismo urbano, era preciso volver a la concepción organicista de la ciudad, con sus tres núcleos claramente diferenciados, representativo de la capitalidad, central y satélites, relacionados entre sí jerárquicamente, y con las tres funciones de representación simbólica, dirección política y económica y exaltación de los valores tradicionales que toda capital debía cumplir.

El Plan General de Ordenación, presentado en 1941 por Pedro Bidagor, recogía estas ideas en doce apartados que estudiaban la función de capitalidad, las conexiones ferroviarias, los accesos por vías rápidas de comunicación, la zonificación del espacio urbano, las reformas en el casco antiguo, la terminación de los ensanches tratando de introducir parques y jardines, la prolongación de la Castellana con reserva de suelo para usos comerciales que descongestionaran el centro, la ordenación de los núcleos del extrarradio y los suburbios, la delimitación de un recinto urbano entre el Manzanares, la vía del Abroñigal y el arroyo de los Pinos cerrado por anillos verdes, la previsión de zonas para la industria y los nuevos poblados satélites. Idénticas preocupaciones que en los años veinte y treinta, con la misma propuesta de crecimiento hacia el norte, por La Castellana, aunque con una mayor previsión de espacios destinados al comercio y a la industria y una nueva percepción de lo que podría significar la vía del Abroñigal como nuevo eje de crecimiento, a la par que de cierre, de la ciudad.

A todo esto, que era aproximadamente lo mismo que desde los años veinte se había pensado de Madrid, se añadió una retórica imperial que, a diferencia de la republicana, pretendía situar la representación simbólica de la capitalidad, más que en La Castellana, en lo que se comenzó a designarse como fachada imperial, donde los Austria habían levantado su imponente Alcázar. Allí deberían aparecer en perfecta comunión la religión, la patria y la jerarquía, simbolizadas a lo largo de la cornisa sobre el Manzanares por la catedral, el palacio y la casa del partido, que habría de elevarse en los terrenos de lo que fuera Cuartel de la Montaña. La capital de un Imperio, por muy imaginario que fuera, exigía además un perfecto sistema de entradas representativas, bautizadas como Vía de la Victoria, que enlazaría la fachada imperial con El Escorial y un proyectado monumento a los Caídos; Vía de Europa, que serviría de acceso al tráfico procedente de Francia; y Vía del Imperio, que desviaría la carretera de Andalucía para alcanzar Atocha sin pasar por el paseo de las Delicias.

Esta mirada hacia los Austria no debía tener únicamente su reflejo en la concepción de la ciudad, en su monumentalidad y en sus vías representativas; también en las nuevas edificaciones habría de olvidarse Madrid de su inmediato pasado racionalista para retornar, como escribió Dionisio Ridruejo al recordar aquellos años, a una "arquitectura de orden, de intención clasicista, reminiscente y adornada". La vuelta a los Austrias habría de expresarse en "el uso del ladrillo en los paramentos y de la piedra en los huecos, el cornisamiento y las molduras". Vuelve la pizarra, añade Ridruejo, y hasta donde es posible Herrera, como demuestra Gutiérrez Soto cuando construye el Ministerio del Aire como si de tratara de un nuevo Escorial. Será también Gutiérrez Soto, cuando se dirija a los arquitectos reunidos en Madrid, quien hable de la creación de "órganos de vivienda" en los que todo estuviera ordenado, medido, jerarquizado.

Una obsesión por el orden jerárquico como propio de la visión nacionalsindicalista que insistirá en la necesidad de segmentar el espacio urbano, propuesta teñida ahora de un más acuciante temor a los suburbios y que se refuerza con la urgencia por negar aquellos años recientes en que las masas populares podían acceder fácilmente al centro de la ciudad, ocuparlo y manifestar en él los motivos de su protesta. Podría entenderse el discurso urbanista de los años cuarenta a partir de la preocupación por el crecimiento de

una población que -según se escribe en un libro colectivo titulado *El futuro Madrid-* aglomera su miseria en el cinturón suburbano, "donde el marxismo y toda clase de odios regresivos tienen su natural medio de incubación"; unos odios que explotan en la mismísima Puerta del Sol, "zoco de maleantes en que el marxismo circulaba desahogadamente", como se escribía poco después de terminada la guerra. En todas las intervenciones de los nuevos planificadores de la ciudad, la voz suburbio equivale siempre a un peligro que amenaza el orden interno de la ciudad. Se diría que los arquitectos madrileños sienten la ciudad asfixiada por un cinturón que la aprieta y la amenaza.

La visualización de la ciudad como fortaleza sitiada responde a la sensación que producía la entrada en Madrid, rodeada de hambre y de miseria y penetrada de frío. El "extrarradio", salpicado de islotes de casuchas surgidas aquí y allá, sin plan alguno de urbanización, se convierte en "cinturón" que amenaza con formar un espacio continuo mientras se extiende imparable hasta llegar a absorber a los antiguos pueblos limítrofes, anexionados a Madrid a partir de 1948: Chamartín, Carabanchel Bajo y Alto, Canillas, Canillejas, Hortaleza, Barajas, Vallecas, El Pardo, Vicálvaro, Fuencarral, Aravaca y, en 1954, Villaverde. Los habitantes de este Madrid se incrementan de golpe en 330.229 habitantes y su extensión en 538,67 kilómetros cuadrados hasta completar, al término de este proceso, una población de poco más de millón y medio de personas para una superficie de 607 kilómetros cuadrados. Desde los núcleos miserables, pero aislados, de los arrabales que pateó Baroja, hasta las barriadas de Cuatro Caminos y Tetuán de las Victorias que con su luminosidad deslumbraron a Sender, Madrid aparecía abrazado por una franja continua de miseria.

Frente a esta situación, que reproducía ampliado por los destrozos de la guerra lo que a principios de siglo se denominaba el magno problema del extrarradio, los arquitectos del nuevo régimen no tuvieron mejor idea que aislar por medio de un anillo verde el núcleo central de la ciudad de toda esa franja suburbial de chabolas surgidas en sus bordes. En esto vino a acabar toda la retórica del Madrid Imperial: no es ya que Madrid deje de soñarse ciudad abierta al exterior, ciudad-nexo, capital federal, sino que se siente sitiado por una amenaza silenciosamente asentada en su entorno. Una ciudad cercada, aislada, centro de un imperio que sólo existió por unos años en las mentes exaltadas de quienes creyeron que con la caída de Francia se había exterminado el virus del liberalismo y que España estaba llamada a formar en la vanguardia de los constructores del Nuevo Orden Europeo.